

CARLOS FEDERICO PEREZ: HISTORIA, DEMOCRACIA, TIRANIA
Y PERSONALIDAD EN UNA LECTURA DE "LA CIUDAD HERIDA"

GIOVANNI DI PIETRO

Es, pues, falso decir que en la vida "deciden las circunstancias". Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter.

Ortega y Gasset

Dentro de la novela dominicana contemporánea, la novela de *La Ciudad Herida*, de Carlos Federico Pérez, es una grata sorpresa.

Decimos grata porque, en su sencillez, ella se distingue de las demás novelas, novelas en las cuales los autores parecen estar siempre preocupados por la complejidad, la búsqueda de lo nuevo, de lo inusual, de la "gran novela".

Y podríamos decir grata también por otra razón: el hecho de que, a diferencia de los demás, en esta novela Carlos F. Pérez no se deja arrastrar por lo que sería, en aquel tiempo (los años setenta), la moda del momento, es decir, darle un trasfondo marxista, punto casi obligado de cualquier libro que tratara de la dictadura trujillista.

No. Al leer *La Ciudad Herida* es como si el lector entrara en otra realidad artística, como si estuviera respirando un aire puro, cuya frescura hace tiempo había olvidado. Esta realidad y este aire puro no son nada nuevo o atípico; son, por el contrario, algo muy tradicional que, dados los tiempos, nos parecen así, nos sorprenden, nos alivian, cómo decir, el alma.

En otras palabras, en su novela, Carlos F. Pérez opta por olvidarse de los boatos del marxismo imperante y fundamentar su obra en el verbo

individualista de Ortega y Gasset. De hecho, al leer la novela, nos damos cuenta de que algunas de sus páginas no son otra cosa que liberalismo orteguiano con disfraz novelesco. La impronta ideológica de la novela es, sin duda, liberal el cien por ciento. He ahí la sorpresa, el alivio, la frescura. Por fin el lector encuentra, dentro de la novela dominicana contemporánea, un autor que no sigue, diríamos, la corriente, que se esfuerza valientemente en ir en contra de ella.

Esto no quiere decir que aquí nosotros estamos eliminando del cuadro las novelas inspiradas en el trasfondo marxista. Todo lo contrario. Lo que estamos haciendo es, simplemente, indicando algo inusitado, tan inusitado que, de hecho, se hace imprescindible tomarlo en cuenta.

El silencio se destaca en la saturación de sonidos. *La Ciudad Herida*, pues, es exactamente una nota de silencio en el monótono aturdimiento de tal saturación.

Hemos escogido hablar de estos cuatro temas en la novela de Pérez, ya que ellos son los puntos de mayores referencias en una lectura completa de ella.

En el fondo de toda obra narrativa, nos dice Pérez en su nota introductiva, "palpita la Historia". Todos los personajes que en ellas se encuentran --insiste-- están condicionados por las circunstancias históricas en las cuales se desenvuelven. También lo está todo lo que éstos hacen. Tal cosa es cierta, añade, "hasta en la obra de pura fantasía". (CH, p. 3) Se explica así la presencia de este tema en el título de nuestro trabajo.

Vamos ahora al tema de la democracia. Este, claro, es indivisible del otro, el de la tiranía. Democracia o tiranía: ahí tenemos los dos polos de atracción entre los cuales se divide la novela de Pérez. La historia es historia del hombre sólo en tanto que fiel reproducción de la tensión entre estos dos polos. El hombre es atraído por la tiranía; sin embargo, por algo inherente en su forma de ser, es llamado a luchar en contra de esta atracción y hacer que en su vida triunfe la democracia, meta ésta de todo el movimiento de la historia humana.

En Carlos F. Pérez, la personalidad es autónoma; ella está, en otras palabras, por encima del ambiente. No es este a determinar lo que el hombre es, sino aquella. El ambiente obviamente tiene mucho que ver con la actuación de un hombre, pero no es determinante. No sólo la

personalidad del hombre puede sino que tiene que superar el ambiente. Y esto porque sólo de tal manera se hace posible para el hombre rechazar su atracción por la tiranía y aceptar el llamado de la democracia.

Este tema, el de la personalidad independiente del ambiente, es esencial para entender dónde se sitúa la novela de Pérez. Toda tiranía cree que el ambiente determina el hombre. En tal sentido, toda tiranía es fatalista. Para ellas no hay esperanza. Las cosas son como son. Triunfa el más fuerte-- siempre. Entonces, ¿para qué luchar? Mejor conformarse.

Se nota cómo esta óptica acaba tajantemente con la libertad individual. El individuo no existe o más bien, como el clásico documento de la tiranía moderna lo pone,¹ existe sólo en tanto hace parte del Estado, es decir, sólo en tanto se conforma a las reglas impuestas por éste. Si nos preguntamos: ¿Qué es el Estado? Siempre desde esta óptica, la respuesta termina siendo una: su Jefe, el líder, el Partido.

A este modo de ver las cosas Pérez, siguiendo las pautas de Ortega, se rebela, y lo hace, diríamos, por dos razones.

La primera es que la novela es una crítica de la tiranía pasada, el trujillato, en el cual, por cierto, ninguna libertad individual existió. La segunda es que, obligado a escribir su libro en el ambiente ideológico en que lo escribió, quiso externar en él su preocupación por una tiranía futura, similarmente despiadada, a la cual la ideología marxista podría muy bien llevar.

Libertad individual. He ahí el elemento clave para entender el apego del autor de *La Ciudad Herida* a la democracia. De hecho, este elemento existe, y sólo puede existir en una democracia.

Pero este no es el único elemento. Hay otro también básico en una democracia: la dignidad humana. Al destruir la libertad individual la tiranía destruye además la dignidad humana. No hay libertad individual sin dignidad humana, ni hay dignidad humana posible sin libertad individual. Estos elementos son indivisibles y están en la base de cualquier sistema democrático.

Vemos, pues, cómo estos dos elementos nos llevan rápidamente de regreso a la personalidad autónoma de su ambiente. El hombre que quiere ser libre es el que lucha por su dignidad. El no cree que el ambiente

1) B. Mussolini: *La doctrina del fascismo*.

lo determina todo. No es un fatalista. Tiene esperanza en el futuro, en que éste pueda ser mejor tanto para él como para todos. De modo que este hombre no puede aceptar la filosofía conformista de que el más fuerte triunfa y hay que someterse a él. El Estado no es una abstracción para él; es, por el contrario, una extensión de los mismos ciudadanos, es decir, de aquellos individuos que son libres. Este hombre no sigue los dictámenes del Jefe, del líder o del Partido; se autodetermina, cuestiona, lucha. No todos los hombres, claro, son así. Pero esto es justamente lo que el autor de *La Ciudad Herida* quiere decirnos, o sea, que los hombres no son así; así son sólo los que quieren serlo, los que tienen personalidad y, por consiguiente, encuentran en ellos mismos la fuerza para luchar en contra de aquel ambiente que quiere esclavizarlos.

Ya que la trama del libro está ligada a la historia dominicana, Carlos F. Pérez aplica esta lección al caso dominicano. El hace esto hablándonos de la fuerza, de la devoción a la fuerza que predomina en los dominicanos. Hay las leyes y hay la fuerza. Hay intereses personales y los hay colectivos. Al dominicano, Pérez nos dice, no le importan los intereses colectivos; prefiere siempre los personales. Ya que esto es así, en él se hace irresistible la tentación de poner su devoción a la fuerza al servicio de sus intereses personales. Resultado: la fuerza predomina sobre las leyes, los intereses personales eliminan los colectivos. ¿Cuál sería el resultado de todo esto? Simplemente que, con tal actitud, se hace imposible la democracia en el país. De ahí el mal endémico de la nación: las tiranías.

Ahora, si pasamos a la novela, podemos ver cómo Carlos Federico Pérez dramatiza en ella esta compleja situación.

Cuando empezamos a leer *La Ciudad Herida* es como si estuviéramos leyendo una novela de corte costumbrista. De hecho, Pérez inicia su obra de esta manera y quiere, como explica en la nota introductiva, que el lector se relacione con ella de este modo. Pero es obvio que la novela, aunque empiece con un cierto interés costumbrista, tiene poco que ver con tal cosa.

Costumbrismo significa historia, apego a lo histórico, a un pasado casi idílico que nunca regresará. Aunque haya en la novela de Pérez una pátina sentimental hacia un mundo ya terminado de existir, lo que se impone, lo que predomina después de los primeros capítulos, es la historia, el período histórico del comienzo de la tiranía trujillista como

revelación de fuerzas destructoras que ponen terminantemente fin a las esperanzas democráticas del pueblo dominicano.

La tiranía de Trujillo, identificada en la novela con el régimen de un supuesto general Batisterio Ocampo, el Unico, arremete sobre la ciudad de Santo Domingo, es decir, el país entero, con la misma intensidad destructora como lo hace el ciclón de San Zenón. San Zenón es en la naturaleza lo que, en sentido político y moral, el trujillato será en la sociedad dominicana: un cataclismo. Pero hay una diferencia. Contra el cataclismo de San Zenón es poco lo que el hombre puede hacer. La furia de del ciclón arremete contra la ciudad, y la hiere inmisericordemente. Los ciudadanos toman las medidas necesarias para defenderse de él. Se sufre. Se muere. Al rato, San Zenón pasa y deja la ciudad en ruinas. Los hombres salen de los escombros y empiezan de nuevo sus vidas.

Pero, ¿qué hacer contra el cataclismo representado por el general Batisterio, el tirano apodado el Unico? Contra este cataclismo, que no durará un día, sino treinta años, el hombre tiene el deber de luchar. La herida de San Zenón, con el tiempo se cicatriza. ¿Pasará lo mismo con la otra, la del trujillato?

Notamos que Cosme, el personaje central de esta novela, es un médico. Empezado el ciclón, se da a la tarea de auxiliar a los heridos. Cuando su madre y sus hermanos piden que se quede en casa con ellos, que no arriesgue su vida, Cosme supera la tentación. No puede ser. Algo sale de sus entrañas para decirles que su lugar, como médico, está allí afuera, desafiando los vientos y las lluvias, auxiliando a la comunidad. (CH, pp. 34-35).

Hay que sanar la ciudad herida. Hay que eliminar el terror creado por San Zenón. Su misión, su deber, está en eso. Es un deber que le viene desde lejos, como herencia de su padre, fallecido, de hecho, mientras auxiliaba a los combatientes en uno de los tantos conflictos bélicos en que la ciudad se había visto envuelta. Doña Mariana entiende esto. Está en la sangre del hijo. Y se resigna con la recomendación de cuidarse. (CH, p. 30)

Este trabajo de Cosme es exitoso. A lado del Dr. Lima, casi un padre para él, Cosme se distingue hasta que los mismos periódicos de la ciudad se interesan en su labor desinteresada. Como médico, ha auxiliado la ciudad herida, haciendo todo lo posible para que sus

ciudadanos recobren la esperanza en el futuro.

Ya que la ciudad está doblemente herida, en cumplir su deber frente al cataclismo de San Zenón, Cosme se encuentra con otro deber: el de enfrentarse a la herida causada por el general Batisterio Ocampo, el Unico.

Batisterio (Trujillo) se aprovecha de la desmoralización impuesta a la ciudadanía por San Zenón para seguir con sus planes de implantar una férrea dictadura militar. Pasado el ciclón, él se deja ver en todos los sitios de la ciudad. El también quiere aparentar ser hombre desinteresado. Pero sus motivos no son, claro, los mismos de Cosme. Es vanidoso, maníaco, un arribista; no tiene escrúpulos. El ve la ciudad (el país) como una extensión de su personalidad represiva, un campo en el cual sembrar el miedo y el terror. Es una manera de hacerlo rentable. De la ciudad sacará todo el provecho que puede en términos de riquezas y de poder.

Ya Cosme se había enfrentado al general Batisterio antes. Profundamente democrático en su posición política, Cosme había criticado en una serie de artículos los planes dictatoriales del entonces senador. Ahora se trata de un Presidente, de un tirano, del Unico. No por eso Cosme se echa atrás. Como en medio de San Zenón, algo en sus entrañas le dice que lo del Unico no es justo para la ciudad, que a este nuevo cataclismo, más peligroso que el primero, hay que enfrentarlo también. Luchar para el bien de todos, para el interés de la comunidad, este es el nuevo deber que se le impone a Cosme, y él tiene que seguirlo.

A llevar Cosme a la lucha contra el férreo régimen de Batisterio es un acontecimiento que presencia junto al Dr. Lima: la golpiza que se le da un hombre damnificado a manos de la escolta de Batisterio y la humillación del Dr. Valenzuela, jefe de la Cruz Roja, por parte del propio presidente. La violencia de la naturaleza, manifestada en los vientos y las lluvias de San Zenón, no humilla a los hombres; sí la del tirano, la del Unico. Humillación quiere decir represión de la dignidad humana. ¿Y qué hacer si no luchar contra de ella para que ésta pueda resplandecer?

De modo que Cosme, al contrario de mucho de su edad, se rehusa alabar al Unico, rechaza el régimen dictatorial que éste quiere imponer como futuro a la nación, y decide, como había hecho en el caso del primer cataclismo, dejar atrás los intereses personales para afirmar los

otros, los de la comunidad, que son más importantes. No funcionan las tentaciones que el Unico pone en su camino. Ya Cosme, obedeciendo al llamado de su sangre, ha optado por su rebelión. A doña Mariana no le queda nuevamente otra cosa que resignarse a esta manía del hijo de desafiar lo indeseable. No puede ser de otro modo. Su padre, concluye, hubiera hecho lo mismo.

Los intereses colectivos de la comunidad, el auxilio de ella tanto en términos físicos como políticos y morales; he ahí la base de la democracia. Negar la humillación y la represión poniendo de relieve la necesidad de la libertad individual y de la dignidad humana; he ahí la característica de la personalidad que se considera autónoma del ambiente. Cosme pasa a tomar parte de la resistencia en contra del régimen de Batisterio porque es hombre de carácter, uno en el cual la democracia ha echado raíces profundas. Para él, la historia no es más que un record de las hazañas del hombre en pro de su libertad y su dignidad y en contra de la tiranía. La historia de su ciudad, el record de ella, parece haberse cerrado con el advenimiento del régimen del Unico. Batisterio es antihistórico. No es ni presente, ni pasado ni futuro. El pasado histórico, de hecho, está en la figura de don Paco, presidente débil pero bienintencionado; el presente existe en los hombres (el Dr. Lima, el Dr. Veloz, Daniel Félix, el Col. Mendoza) que desafían el régimen, no es el tirano y sus esbirros; el futuro, en el fin de la tiranía, en el establecimiento de la democracia.

Superar el ambiente, oponer la personalidad a él. Esto sucede con Cosme. La esperanza está así con él. La democracia surge sólo de su actuación. Esto Pérez nos lo demuestra poniendo al lado de Cosme dos otros dos jóvenes: Polo, el hijo mimado del Unico, y Juan, hijo también mimado del rico comerciante don Marcos Ventura.

Empezemos con Juan. Un supuesto intelectual, Juan Ventura se distingue por su egoísmo y su cobardía. Frente al cataclismo de San Zenón, es el primero en su familia en correr al refugio. (CH, pp. 121-122) Don Marcos no puede creerlo. ¡Que este muchacho al cual ha dado todo tenga que ser tan diferente de Cosme, tan cobarde de olvidarse hasta de sus propios familiares! El no es así. Nunca lo ha sido.

A su actuación frente a San Zenón, Juan añade su actuación frente al régimen de Batisterio. Privilegiado, a él le interesa mantener sus privilegios, formar parte del círculo gobernante. Haría cualquier cosa

para satisfacer su egoísmo. Batisterio lo sabe, y por eso lo escoge para lanzar difamantes ataques contra Cosme en la prensa. (CH, pp. 127 sgg.)

El nombre del hijo del Unico nos lo dice todo. Polo es una referencia al deporte que el hijo de Trujillo practicaba con su camarilla. El polo es el deporte de los privilegiados con cabeza hueca, de los ricos, de los del "jet set", es decir, de los que carecen totalmente de carácter, de los que no tienen alma. Así es Polo. Vanidoso, se exhibe en un flamante uniforme de capitán sin tener ningún don de mando. Es el hijo de papá; el que nació rico de cuna. Quiere dirigir, ser, actuar, pero carece de todo. Quiere ser un hombre, pero le teme a las mujeres. Es un ser que inspira disgusto. Entiende únicamente el placer y la violencia sádica. Es impotente y compensa esto mediante su agresividad. Lo desprecia hasta su propio padre, quien usa siempre palabras duras y un tono irónico cuando se refiere a él. (CH, p. 212)

De Polo no tenemos ninguna actuación frente al cataclismo de San Zenón. Frente al otro cataclismo, frente al régimen de su padre, le da lo mismo, ya que con el sadismo es otra ráfaga más de estos vientos destructores de todo lo que es bueno en sentido político y moral de la ciudad herida.

Ni Juan ni Polo superan su ambiente. Para ellos no existe la personalidad. Para ellos no hay ni libertad individual, ni dignidad humana. No es la democracia lo que les interesa; es la tiranía. Sus propios intereses coinciden con los de Batisterio. Son aves de un mismo plumaje, como él. En ellos la historia de la ciudad, la del país, es denigrada. Son seres antihistóricos, como lo es el Unico, como lo son sus esbirros. Ellos, junto a Batisterio, junto al capitán Rigoberto (el terror), son la tiranía, nada más que la tiranía.

La historia del hombre está en la democracia. Y la democracia, como hemos visto con Cosme, puede surgir sólo con hombres cuya personalidad desafía el ambiente envenenado en el cual se encuentran al vivir. El futuro está en estos hombres, no en los Juan Ventura, en los Polo o en los Batisterio.

Pero esto no quiere decir que tipos como Juan y Polo no conciben, como el mismo Unico, que el futuro está de su lado. De hecho, todo hombre retrógado insistirá en que él y no los otros representa el futuro. El lobo tiene tendencia a disfrazarse de cordero. Es así como se engañan los demás.

Es el caso de don Julio, el padre de Regina, la muchacha que Cosme ama. Don Julio Palma es un buen hombre. De la misma región que Batisterio, se solidariza con éste cuando el Unico, de Senador, pasa a ser Presidente. Don Paco era débil. Don Julio quiere un hombre fuerte, uno que use su *muñeca* y encamine el país hacia el futuro. (CH, p. 92) Cada obra civilizadora requiere de sacrificios; y don Julio, convencido de que Batisterio significa la civilización, se hace de la vista gorda. Es verdad que el Unico hace ésta y la otra cosa; pero después todo cambiará. Pura ilusión. Llegado a su meta, el lobo se libera de su disfraz, revelándose como lo que es, como lo que siempre ha sido y será. Don Julio Palma, nos dice Cosme, es un hombre equivocado, pero íntegro. (CH, p. 224) Tiene razón. Con el tiempo, don Julio se dará cuenta de lo que Batisterio es, y de lo que significa darle respaldo. El terror no se humaniza. La democracia es siempre democracia; la tiranía tampoco deja de ser lo que es, a menos que los hombres no se le impongan. Por eso don Julio, descubierta la verdad acerca del régimen del Unico, sufriendo en carne propia los atropellos perpetrado por éste, se sumará al mando de los hombres de carácter y desafiará aquel sistema del cual había sido fervoroso sirviente hasta hace poco. Al final el destino de don Julio se une con el de Cosme, y juntos escapan de la cárcel en que el país se ha transformado en manos de Batisterio.

El futuro, la eterna meta de la historia del hombre. Se lucha para él. En el caso de Cosme, significa libertad y dignidad para todos, democracia; para Juan Ventura, Polo, Batisterio y sus esbirros, la prolongación de sus intereses personales, la prolongación del dominio de la fuerza sobre las leyes. En el caso de Cosme, la historia continúa al mismo ritmo en que continúa la lucha por la democracia; en el de los otros, la historia desaparece. Del lado de Cosme se encuentra la ciudad; en el de ellos, la jungla con su terror.

Juan Ventura tenía interés en Regina Palma. También Polo. De la referencias que hace a ella (la llama la "arzobispa"), inferimos que hubo un tiempo en que Batisterio estuvo interesado en doña Rita, la madre de Regina. ¿Qué quiere decir esta coyuntura de intereses en la novela? Simplemente que, en el libro, Regina es el símbolo de aquel futuro que Cosme persigue y que el Unico quisiera aniquilar. Extraña el nombre: Regina Palma. No concuerda. Hay una disonancia en él. Esto es porque Pérez, jugando con la simbología de su personaje femenino, está

indicando que Regina es el futuro, pero el futuro de todo aquel país que representa. De hecho, "Regina Palma", es una transposición de "Palma Real", es decir, del majestuoso árbol representante de la República Dominicana. No nos olvidemos que Trujillo, el cual veía en el país una extensión de sus intereses personales, escogió justamente la Palma Real como emblema de su partido único, el Partido Dominicano.

Juan Ventura es reemplazado en sus afectos por Regina por parte de Cosme. Para vengarse de este insulto, él, más tarde, se transforma, como hemos dicho, en vehículo de los infamantes ataques que Batisterio lanza en contra del joven. Polo mantiene su interés en Regina y usa su posición privilegiada para hacerla suya. Muy a menudo se aparece en casa de don Julio en su flamante uniforme y con su lujoso coche. Entra en la casa valiéndose de las simpatías de la tía Lupe, la cual ve en este interés de Polo por Regina una manera de su hermano adelantar en la vía de la riqueza y del poder. Pero Regina no siente nada por él. El futuro, es decir, no está en lo que Polo representa. Regina es toda de Cosme, cuerpo y alma. Nunca, de hecho, es ella víctima de la más mínima tentación. Se preocupa por Cosme en medio del cataclismo de San Zenón y por él se preocupa mientras está encarcelado en la Ablandadora. Acechado por el espectro de la colaboración, Cosme encontrará en ella el soporte que necesita para seguir en la lucha contra el régimen de Batisterio. Entre su padre, momentáneamente deslumbrado por el resplandor de la tiranía, y Cosme, Regina escoge a Cosme. Es en éste, en lo que él representa, en quien Regina, el país, está interesada, y no en Juan o en Polo. Su existencia, su razón de ser, está en Cosme y no puede estar en otro que no sea él.

El vínculo que Pérez establece entre Cosme y Regina es, pues, el vínculo que, según su posición, existe entre la historia (o el futuro) y la democracia. Hay historia donde hay democracia. Hay futuro donde hay hombres que luchan por establecerla. Todo lo que queda fuera de esta realidad es vano; es sólo violencia y terror.

Por eso, cuando don Julio, consejero especial del régimen, reclama a Batisterio que se castigue a Polo por haber tratado de raptar a Regina, éste reacciona sólo echándose a reír. Para él todo es broma. (CH, p. 257) La libertad individual, indicada en este caso por la figura de doña Rita atada a una silla, y la dignidad humana, a su vez indicada por la huida de Regina para salvar su honra, no tienen ningún valor para la

tiranía. De hecho, la sugerencia de que Polo raptara a Regina ha sido del propio Batisterio. Los Batisterio, había dicho al hijo, son "muy machos", y siempre toman lo que desean. (CH, p. 212) A unos cuantos días, borracho y rodeado de esbirros para darse valor, Polo se aparece en la finca de don Julio listo a poner en práctica el consejo paterno.

Regina escapa a las garras del terror ya que, una vez establecido que el futuro está en manos de la democracia y no de la tiranía, Pérez termina su novela con un golpe de sorpresa en el cual se juntan la ingenuidad romántica y la agudez maquiavélica.

La ciudad y el país se han transformado en una inmensa cárcel donde los capitanes como Rigoberto hacen lo que les da la gana. La gente de carácter como el Dr. Veloz o el Dr. Lima son asesinados, o mueren una vez expuestos a los métodos de la Ablandadora. Ya no se respira aire sano; y la única forma de vivir, de vivir libremente y con dignidad, está en exiliarse. Afuera se encontrará aquella simpatía por el futuro democrático que en el país parece ya extinguida.

Pérez pone la organización y la ejecución del escape de esta cárcel en manos de don Julio. Tenía que ser así. Don Julio está manchado de colaboracionismo; por consiguiente, su redención política y moral puede ocurrir sólo en un acto de rebeldía en contra del régimen que hace poco respaldaba. En colaborar con Batisterio, don Julio había puesto sus intereses personales por encima de los intereses colectivos. Sin embargo, como prueba de la presencia de una alma noble en él, don Julio tenía fe en el hecho de que hacer el bien es, al final, la única cosa justa en el hombre, en el hecho de que el bien puede "rendir beneficios". (CH, p. 266) Y así es. El capitán de un barco, un tal Melo, ayuda a don Julio, Cosme y Regina a escapar de la cárcel en que Batisterio ha reducido el país. Mientras colaboraba con el régimen, don Julio se conformaba a la tesis de que el ambiente determina lo que el hombre es; ahora, no más. Ahora él cree firmemente que la personalidad es independiente del ambiente, de que ella y no ésta es lo que verdaderamente determina lo que el hombre es.

Ser hombre de carácter, creer en el bien, no significa ser necio. Don Julio no lo es. Por eso, engañado en su buena fe por el Unico, encuentra su venganza en burlarse de su régimen. Se hará pasar por muerto junto a Cosme y a Regina, pero sólo para después resucitar de su supuesta tumba y luchar en contra de la tiranía para un futuro democrático.

¿Maquiavelismo? Sí, pero es el sentido de astucia, ya que contra el terror ésta, la astucia, es quizás el arma más poderosa de todas.

Los detractores de la novela de Carlos F. Pérez, especialmente si son de tendencia marxista, nos harían notar que en este libro los que luchan en contra del trujillato son todos burgueses. ¿Y no fueron los burgueses quienes respaldaron el terror del caudillo de San Cristóbal?, preguntarían. ¡Vaya, que bien nos los presenta Pérez!

A esta objeción se podría fácilmente contestar que la lucha en contra del régimen de Trujillo no se limitó a las clases populares, como los escritores marxistas han querido pretender. Fue una lucha que abarcó todas las clases sociales, y esta es una verdad incuestionable.

Pero nosotros no tomamos esta salida fácil del dilema. Responderíamos, por el contrario, que, a bien leer *La ciudad herida*, si hay un héroe en ella, éste se encuentra no en Cosme, no en don Julio, no en el Dr. Veloz o el Dr. Lima, sino en la figura de Daniel Félix, un personaje secundario que aparece sólo dos veces-- al principio y a mediados del libro-- y que, sin embargo, nos deja un indeleble recuerdo.

Al principio de la novela, mientras Cosme acude en auxilio de la comunidad desafiando los vientos y las lluvias de cataclismo de San Zenón, nos encontramos por primera vez con Daniel Félix. Es un herido que Cosme cura en su consultorio y del cual le sorprende el hecho de que no emite ningún gemido en lo que le acomoda una fractura. Después encontramos a Daniel Félix más tarde como contacto entre los antitrullistas y Cosme. A la reunión final del grupo, cuyos miembros piensan encabezar una sublevación para presionar la dimisión de Batisterio, Félix es capturado junto a los demás y, ya que es el más rebelde, tan rebelde que golpea en ella al mismo capitán Rigoberto, se le marca por tratamiento especial. De hecho, Daniel Félix es expuesto a los horrores más refinados de La Ablandadora, y es allí expira.

Ahora, si nos preguntamos qué quiere decir Pérez con este personaje, la única respuesta es que, como con Regina, Daniel Félix se transforma en el símbolo de algo importante. ¿Qué sería esto? Nada menos que el del pueblo, de aquel pueblo que sufre sin quejas todos los atropellos (la fractura, el tratamiento especial) tanto del primero como del segundo cataclismo, de aquel pueblo que, en la pobreza, en su desamparo, es el primero en ofrecer su cuota de sangre para hacer que la democracia, aquella democracia de la cual está siempre excluido, pueda

finalmente triunfar sobre la tiranía. Daniel Félix no es un personaje central; sin embargo, entre los hombres que lo rodean, después del Dr. Lima y del Dr. Veloz, Félix es la persona que más impresiona a Cosme. Se lucha para el futuro de Félix, para que el sacrificio en las entrañas del terror que es la tiranía no haya sido, como de costumbre, en vano.

La Historia reclama que se incorpore a Félix, al pueblo, en su movimiento desde la tiranía hacia la democracia, ya que él, al igual que Cosme y los demás, prueba ser hombre de carácter, personalidad que se impone a su ambiente y lo determina.

BIBLIOGRAFIA

Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1981.

Pérez, Carlos Federico, *La ciudad herida*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1977.